

# D'Artagnan



Hijo mío había dicho el gentilhom-  
bre gascón en ese puro patois de Béarn del que  
jamás había podido desembarazarse Enrique IV  
, hijo mío, este caballo ha nacido en la casa de  
vuestro padre, tendrá pronto trece años, y ha  
permanecido aquí todo ese tiempo, lo que debe  
llevaros a amarlo. No lo vendáis jamás, dejadle  
morir tranquila y honorablemente de viejo; y si  
hacéis campaña con él, cuidadlo como cuidarí-  
ais a un viejo servidor. En la corte continuó el  
señor D'Artagnan padre, si es que tenéis el  
honor de ir a ella, honor al que por lo demás  
os da derecho vuestra antigua nobleza, mante-  
ned dignamente vuestro nombre de gentilhomme,

que ha sido dignamente llevado por vuestros antepasados desde hace más de quinientos años. Por  
vos y por los vuestros (por los vuestros entiendo vuestros parientes y amigos) no soportéis nunca nada  
salvo del señor cardenal y del rey. Por el valor, entendido bien, sólo por el valor se labra hoy día un  
gentilhomme su camino. Quien tiembla un segundo deja escapar quizá el cebo que precisamente  
durante ese segundo la fortuna le tendía. Sois joven, debéis ser valiente por dos razones: la primera,  
porque sois gascón, y la segunda porque sois hijo mío. No temáis las ocasiones y buscad las aventu-  
ras. Os he hecho aprender a manejar la espada; tenéis un jarrete de hierro, un puño de acero; batíos  
por cualquier motivo; batíos, tanto más cuanto que están prohibidos los duelos, y por consiguiente hay  
dos veces valor al batirse. No tengo, hijo mío, más que quince escudos que daros, mi caballo y los con-  
sejos que acabáis de oír. Vuestra madre añadirá la receta de cierto bálsamo que supo de una gitana y  
que tiene una virtud milagrosa para curar cualquier herida que no alcance el corazón. Sacad provecho  
de todo, y vivid felizmente y por mucho tiempo. Sólo tengo una cosa que añadir, y es un ejemplo que  
os propongo, no el mío porque yo nunca he aparecido por la corte y sólo hice las guerras de religión  
como voluntario; me refiero al señor de Tréville, que fue antaño vecino mío, y que tuvo el honor siendo  
niño de jugar con nuestro rey Luis XIII, a quien Dios conserve. A veces sus juegos degeneraban en  
batalla, y en esas batallas no siempre era el rey el más fuerte. Los golpes que en ellas recibió le pro-  
porcionaron mucha estima y amistad hacia el señor de Tréville. Más tarde, el señor de Tréville se batió  
contra otros en su primer viaje a París, cinco veces; tras la muerte del difunto rey hasta la mayoría del  
joven, sin contar las guerras y los asedios, siete veces; y desde esa mayoría hasta hoy, quizá cien. Y  
pese a los edictos, las ordenanzas y los arrestos, vedle capitán de los mosqueteros, es decir, jefe de  
una legión de Césares a quien el rey hace mucho caso y a quien el señor cardenal teme, precisamen-  
te él que, como todos saben, no teme a nada. Además, el señor de Tréville gana diez mil escudos al  
año; es por tanto un gran señor. Comenzó como vos: idle a ver con esta carta, y amoldad vuestra con-  
ducta a la suya, para ser como él.  
Con esto, el señor D'Artagnan padre ciñó a su hijo su propia espada, lo besó tiernamente en ambas  
mejillas y le dio su bendición.

Dumas, Alejandro: **Los tres mosqueteros**  
Anaya, Madrid, 1998 (páginas 13-14)  
Signatura de la Biblioteca: 82.j-DUM-tre

El personaje de **D'Artagnan** es el protagonista de las novelas de **Los Tres Mosqueteros**,  
**Veinte años después** y **El Vizconde de Bragelonne** (tomos I, II y III).

Este joven de unos veinte años, llega a París procedente de Gascuña para entrar a formar  
parte de los mosqueteros de Luis XIII. Para ello su padre, capitán del cuerpo de mosqueteros, le da  
una carta de recomendación que pierde a manos del conde de Rochefort que se convertirá en su ene-  
migo, pero el jefe de los mosqueteros le reconoce por sus rasgos gascones semejantes a los de su  
padre. No consigue entrar al cuerpo de los mosqueteros, hasta que, finalmente, Richelieu se lo con-  
cede.

Se aloja en la Rue des Fossoyeurs donde conoce a Constance Bonacieux, la mujer de su  
casero y costurera de la reina, de la que se enamorará sin remedio. Este amor se mantendrá a lo  
largo de toda la obra, aunque haya momentos en los que parezca haberla olvidado al sucumbir a los  
encantos de Lady de Winter, Milady. Es el de D'Artagnan un amor correspondido, pero los dos aman-  
tes no tienen tiempo para sí mismos, estando ambos ligados a las intrigas de Ana de Austria y George  
Villiers, duque de Buckingham, y amenazados por Richelieu y, sobre todo, por Milady.

Los tres mejores amigos de D'Artagnan eran Athos, Porthos y Aramis; los cuatro permane-  
cen inseparables durante todo el primer libro, **Los tres mosqueteros**, pero pertenecen a bandos  
opuestos en **Veinte años después**, libro que enfrenta de manera muy emotiva a D'Artagnan y Porthos  
con sus amigos Athos y Aramis. Por último, en **El vizconde de Bragelonne** D'Artagnan se queda  
solo, distanciado de sus antiguos amigos y convertido en un instrumento del rey. Sin embargo, a pesar  
de todos los enfrentamientos y discusiones que tienen los cuatro, nunca dejan de quererse ni olvidan  
el tiempo en que eran amigos inseparables.



Hay libros tan íntimamente ligados a viejas imágenes, olores, sensaciones, que resulta imposible abrirlos de nuevo sin que, de golpe, reviva todo ese fragmento de pasado que acompañó su primera lectura.

*Cuatro héroes cansados.* -A. Pérez Reverte